

Levadura de Dios

Dr. Justo L. González

AETH Asamblea Biental
Orlando, Florida
agosto 2006

Levadura de Dios

Enseñaba Jesús en una sinagoga en sábado, y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo:

—Mujer, eres libre de tu enfermedad.

Puso las manos sobre ella, y ella se enderezó al momento y glorificaba a Dios. Pero el alto dignatario de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiera sanado en sábado, dijo a la gente:

—Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en sábado.

Entonces el Señor le respondió y dijo:

—¡Hipócrita!, ¿no desatáis vosotros vuestro buey o vuestro asno del pesebre y lo lleváis a beber en sábado? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en sábado?

Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.

Dijo:

—¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? Es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

Y volvió a decir:

—¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.

(Lucas 13: 10 – 21).

Hemos escuchado una porción bien conocida del Evangelio. Pero, como tan a menudo sucede, resulta que precisamente por ser tan conocido no vemos el intenso dramatismo de lo que está sucediendo aquí. Porque en este texto tenemos, no sencillamente un milagro de curación, sino también la convergencia de añejos y al parecer invencibles poderes, que vienen todos a confluir aquel sábado en aquella sinagoga.

Era sábado, y una mujer enferma de largo tiempo atrás, encorvada, que no podía enderezarse, se presenta en la sinagoga. El texto bíblico nos dice que era un espíritu maligno lo que la tenía encorvada.

Es fácil desviar la atención y dedicarnos sencillamente a discutir qué es eso de un espíritu maligno. Ciertamente, hoy sabemos que las enfermedades se deben a bacterias, a algún virus, y a otras cuestiones semejantes. Y ya con eso nos quedamos tan contentos y conformes como si de veras con eso hubiéramos resuelto y eliminado el carácter demoníaco de la enfermedad y del sufrimiento.

Una de las ilusiones de la Edad Moderna ha sido precisamente imaginarnos que, con establecer la causa inmediata de algo, ya lo hemos explicado. Si sabemos que alguien está enfermo porque tiene un virus, ya entendemos el asunto, nos las damos de superiores a aquellos ignorantes de siglos pasados que hablaban de demonios, y nos imaginamos que hemos encontrado el nudo que desata el misterio del sufrimiento. Pero lo cierto es que el conocimiento de los virus, las bacterias y las condiciones genéticas, si bien nos ayudan a tratar las enfermedades que producen, no nos acercan un ápice a descifrar el misterio del sufrimiento. Si antes se pensaba que alguien estaba enfermo porque tenía demonio, ahora decimos que está enfermo porque tiene un virus. Pero la pregunta permanece: el tener un virus, ¿no es del demonio?

En este punto me acuerdo de aquellas palabras de Unamuno, comentando acerca de los teólogos y filósofos que creen que pueden explicarlo todo:

Han llegado hasta a preguntarse estúpidamente para qué hizo Dios el mundo, y se han contestado a sí mismos: ¡para su gloria!, y se han quedado tan orondos y satisfechos como si los muy majaderos supieran qué es eso de la gloria de Dios.

Pero volvamos a la mujer. La mujer está encorvada. No puede enderezarse. Que se deba a un virus, a una bacteria, a una fractura, o a cualquier otra cosa, es de importancia secundaria. El hecho es que está encorvada, que está oprimida, que está aplastada, que está sufriendo. Y eso es del demonio.

Con aquella mujer entra en la sinagoga lo que las gentes religiosas siempre queremos ocultar: la realidad del poder del demonio; la realidad del sufrimiento humano.

Era sábado. Día consagrado al reposo desde los tiempos más antiguos de la tradición hebrea. Tan antiguos, que se remontaban hasta el acto mismo de la creación:

Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó. (Éxodo 20:9-11).

Era sábado. Día consagrado al reposo por el Señor mismo. Instrucción sabia del Creador que sabía que esta criatura suya no puede trabajar, y trabajar, y trabajar, sin descanso. Pero día de descanso que los humanos, a fuerza de legislación cada vez más minuciosa, habían hecho día de

mayores trabajos. En lugar de sencillamente gozarse en la creación del Señor, y verdaderamente reposar, las gentes religiosas de la época se habían dedicado a las más minuciosas discusiones en cuanto a lo que se podía hacer en el día de reposo. Se supone que en ese día no se trabaje. Entonces, ¿será lícito sacar agua de un pozo para beber? Se supone que no se are la tierra en el día de reposo. Entonces, ¿será lícito mover una mesa, que puede dejar un surco en el piso? Se supone que en este día hasta los animales descansan. Entonces, ¿será lícito comerse un huevo que la gallina puso ese día? Y así, el día de reposo se convertía en día de mayores trabajos.

Era sábado. En la sinagoga, precisamente el lugar donde las leyes referentes al descanso se estudiaban, y se desmenuzaban, y se exageraban.

Era sábado. En la sinagoga. Y entra la mujer jorobada, oprimida, aplastada, por el poder del maligno. Era sábado, y allí estaba también Jesús, Señor de la creación y Señor del sábado, frente a esta mujer encorvada, oprimida por el peso del demonio. Y a su opresión de dieciocho años los jefes religiosos quieren añadir otra de diecitantos siglos: ¡Es sábado! ¡Es día para asuntos religiosos! ¡No se puede!

Pero Jesús vio a la mujer, y la llamó, y le habló, y puso las manos sobre ella, y la mujer se enderezó, ¡y comenzó a alabar a Dios!

Ah, pero el jefe de la sinagoga era bien religioso y conocedor de la ley. No se puede. Váyanse.

"Hay seis días para trabajar; vengan en esos días a ser sanados, y no en sábado."

Y Jesús le llama a capítulo. "¡Hipócrita!, ¿no desatáis vosotros vuestro buey o vuestro asno del pesebre y lo lleváis a beber en sábado? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en sábado?" ¡Sí se puede!

Como resultado del milagro, y de esta discusión con el jefe de la sinagoga, las gentes se alegran y alaban a Jesús por las grandes cosas que hace.

Pero Jesús, en lugar de hablar de lo grande, les habla de lo pequeño: de un grano de mostaza que un hombre sembró, y de un poco de levadura que una mujer puso en una gran masa de harina. El reino de Dios, dice Jesús, es como un grano de mostaza que un hombre siembra, o como un poco de levadura que una mujer pone en la masa. Dios no es como los poderosos de la tierra, que quieren hacerlo todo a la fuerza y con estruendo. Cuando es hora de redimir al mundo, Dios no grita desde el cielo con voz estentórea: ¡Eh, ustedes, arrepíentanse! Dios no es como un televangelista que confunde el poder de Dios con los megawatts de su transmisora. Dios es como una mujer que calladamente pone un poco de levadura en la masa, o como un hombre que siembra una pequeñísima semilla de mostaza.

¿Por qué cuenta Jesús estas parábolas? Porque allí, en aquella sinagoga, Dios ha demostrado que, actúa calladamente, su poder es más grande que el de las más viejas tradiciones y el de los más fuertes demonios. Recordemos que quien así habla no solamente les mostró a los religiosos que sí se puede sanar en sábado, sino que también nació, pobre y pequeña semilla de mostaza, en un humilde pesebre, que de niño tuvo que huir al exilio en Egipto, que después vivió como extranjero en Nazaret, que por fin se enfrentó a todos los más formidables poderes del maligno. Y que cuando por fin el maligno pareció triunfar con cruenta muerte en la cruz, Dios lanzó el "¡Sí se puede!" de todas las edades, levantándole de entre los muertos.

Y es por eso que hoy, como aquella pequeña semilla de mostaza, nos atrevemos a decir, "Sí se puede". No porque seamos tan valientes, ni tan firmes, ni tan poderosos, sino porque Dios levantó a Jesucristo de entre los muertos. Es por eso que, frente a todos los poderes del maligno, frente a todos los poderes de opresión, en las más oscuras circunstancias, en la vida y en la muerte, nos atrevemos a seguir diciendo, "¡Sí se puede!" ¡Sí se puede!", " ¡Sí se puede!"

Han pasado los años, y aquella confrontación que tuvo lugar en la sinagoga sigue teniendo lugar hoy, aunque quizá no ya en la sinagoga, sino en la iglesia cristiana, donde se presenta ahora un pueblo encorvado por el espíritu maligno de la injusticia, la pobreza y el racismo.

Todos sabemos, y no hay ni que discutir, que nuestro pueblo es un pueblo sufriente. Lo dicen todas las estadísticas. Lo dicen nuestras experiencias pastorales.

Las razones son muchas, y podríamos pasarnos la noche discutiéndolas, como podríamos pasarnos la noche debatiendo si la mujer estaba jorobada por una infección o por otra razón. Pero el hecho es que nuestro pueblo es un pueblo encorvado, un pueblo que lleva, no ya dieciocho años, sino siglos, sin poder enderezarse. Un pueblo que se presenta hoy en la iglesia, como aquella mujer se presentó antaño en la sinagoga.

Y, de igual manera que aquella mujer era tan hija de Abraham como cualquiera de los jefes de la sinagoga, así también nuestro pueblo es tan hijo de la promesa como cualquiera de los jefes de la iglesia.

Pero no estamos solos. Con nosotros, como en aquella mujer de antaño, está el Señor de las edades. El que como una mujer esconde un poco de levadura en la masa. El que como un hombre siembra un grano de mostaza. El que se levantó, vivo de entre los muertos.

Hace unos diecisiete años, un pequeño grupo—no más de cuatro personas—se reunió para comentar sobre los logros recientemente alcanzados. Se había conseguido apoyo para el Programa Hispano de Verano y para lo que después vino a ser la Hispanic Theological Initiative. La revista *Apuntes* llevaba unos diez años de publicación. Ya se proyectaba el *Journal of Hispanic/Latino Theology*. Había mucho que celebrar.

Pero también había mucho que lamentar. Al tiempo que todos esos programas servían los intereses de nuestro pueblo a través de cierto tipo de educación teológica, lo cierto era que apenas tocaban las instituciones y programas en los que se forma la inmensa mayoría de nuestro pastorado y nuestro liderato.

Al tiempo que celebrábamos, lamentábamos. Pero también soñábamos, porque sin nosotros saberlo ni siquiera sospecharlo, nuestro Dios, como la mujer de la parábola, estaba escondiendo un poco de levadura en medio de la masa.

El resto todos lo sabemos. Dos años después tuvo lugar la primera Asamblea de la Asociación para la Educación Teológica Hispana. A partir de entonces, y por los próximos quince años, vimos cosas inesperadas. Hubo encuentros por disciplinas, en los que biblistas de todo el país y Puerto Rico, algunos de famosísimas universidades y otros de pequeños institutos bíblicos, se reunieron para enriquecerse mutuamente. Y hubo también encuentros semejantes sobre educación cristiana, sobre consejería, sobre teología y varios más. Hubo reuniones regionales y locales. Se organizaron capítulos regionales de la AETH. Gracias a la participación directa de AETH, se han publicado más de dos docenas de libros. Se han organizado talleres para escritores, de los cuales han surgido varios autores y al menos otra docena de libros. La AETH ha establecido alianza con dos de las principales casas editoras religiosas del país, estimulándolas a ocuparse más de nuestro pueblo.

El apoyo de AETH a los institutos también ha sido notable. Ha habido talleres para sus administradores; varios han recibido ayuda sustancial para mejorar sus bibliotecas; se les ha ayudado y asesorado en asuntos de computadoras, registraduría, currículo y otros. Se han auspiciado reuniones donde sus profesores y administradores han compartido ideas y preocupaciones. Aquí mismo, en estos días, habrá otra de esas reuniones.

Cuando el Programa Hispano de Verano estuvo a punto de desaparecer por falta de fondos, fue AETH la que vino en su auxilio, ofreciendo sus oficinas y su administración de tal modo que ese programa logró crecer y alcanzar la seguridad económica y la autonomía.

AETH ha sido un centro para promover y facilitar la contribución de las mujeres a la labor teológica y educativa, organizando reuniones y talleres con ese propósito.

En el campo de la adoración, AETH ha celebrado y continuará celebrando los talleres "Cántico Nuevo", donde se han compartido valiosas experiencias y recursos. Para ayudar a nuestros colegas no latinos a entender nuestras perspectivas, AETH ha organizado el programa llamado "Pedagogía", en el que nuestros educadores y educadoras les educan a ellos.

Las Tertulias Pastorales están ayudando a buen número de nuestros líderes a mejorar sus instrumentos de trabajo, a apoyarse mutuamente, a establecer agendas de trabajo en conjunto en sus respectivas regiones.

Pero eso no es todo. La experiencia de los últimos años, la experiencia de toda la vida, la experiencia de toda la historia del pueblo de Dios nos hace ver que la semilla de mostaza sigue creciendo; que la levadura sigue leudando la masa...

Por eso durante estos días estamos proyectando nuevas iniciativas, una gran campaña financiera. Por eso nos atrevamos a soñar, no en virtud de lo que nosotros mismos podamos hacer, sino en virtud del que, en aquella sinagoga, ante la mujer encorvada y oprimida por el maligno, dijo, "¡Sí! se puede!" Y quien también, juzgado bajo el poder de Poncio Pilatos, crucificado, muerto y sepultado, se levantó de la tumba con un sonoro e innegable "¡Sí se puede!"

Hoy el Dios de la levadura está escondiendo entre nosotros una pequeñísima porción de levadura. No es como las grandes denominaciones, con docenas de ejecutivos, edificios enteros para oficinas, y millones de dólares en su presupuesto. Pero es levadura de Dios. Hoy el Dios de la levadura se llega a nosotros en el pan de esta mesa. Hoy el Dios de la levadura, el Dios de la semilla de mostaza, el Dios del pan y del vino, nos invita a participar de su mesa, y a volvernos así pan leudado por la levadura que leuda toda la masa.

!Así sea!